

y también la distinción que establece entre convencionalismos y las particularidades de talleres o escuelas. Servirán de ejemplo en esta identificación varios objetos de Arte Mueble (rodetes de Laugerie Basse, tubo de Torre, Cabezas de Isturitz) y las decoraciones de Altamira, Llonín, Candamo, Covalanas, etc., tratados todos ellos con claridad y rigor. Apellániz cree en la difusión de las ideas, pero sólo en contadísimos casos observa la presencia de un mismo autor decorando en santuarios diferentes; así el caso de la Escuela de Ramales, que se extiende al este (Arenaza) y al oeste (La Pasiega) con evidentes muestras de identidad.

La interpretación cultural del Arte Prehistórico que en 1965 diera a conocer Leroi-Gourhan, es difícilmente aplicable al País Vasco, cosa que sucede también con el área cantábrica en todo lo referente a la decoración y a la organización de los santuarios.

El resto de la obra está dedicado a la descripción de las representaciones figurativas y abstractas desde el Auriñaciense (Venta de Laperra), el Magdaleniense (Arenaza, Alkerdi, Santimamiñe, Altxerri, Ekain, Etxeberriko-Karbia) a través de todas sus fases y las tendencias decorativas en huesos y placas del Mesolítico. La interpretación del Arte durante las épocas con cerámica pasa también por consideraciones de orden formal, cronológico y sociológico, aunque por falta de datos completos no aplique Apellániz su modelo de estudio con el rigor requerido. A este respecto merece la pena destacar la división propugnada entre los dos grupos de poblamiento que darán origen a manifestaciones culturales diferenciables: el Grupo de los Husos, al sur del País Vasco, relacionado con las corrientes meseteñas y del Valle del Ebro; el Grupo de Santimamiñe, al norte, que responde más bien al modelo pirenaico.

Durante el Bronce, los ejemplos estudiados serán Solacueva y Lazalday para el primer grupo y Goikolau para el segundo.

«El Arte Prehistórico en el País Vasco y sus vecinos» no aporta grandes novedades en lo que se refiere al estudio concreto de las manifestaciones artísticas de cada santuario. Es más bien un trabajo metodológico basado en el riguroso sistema de determinación de autor, común a toda la Historia del Arte. Quizá el título de la obra no se corresponda por ello con el contenido muy exactamente. Podría aplicarse el método expuesto a cualquier otro conjunto, ya que los caracteres «propios», al menos en lo que al Arte Paleolítico se refiere, quedan muy diluidos en la difusión generalizada de ideas que rebasa el territorio del País Vasco, y en la innegable personalidad de cada cueva donde quiera que esté. Se trata más bien de la adaptación de las tendencias que privaran en el momento.

El principal valor del estudio reside, pues, en las teorías interpretativas y formales, ejemplificadas en el País Vasco y en el Área Cantábrica.—R. ALONSO SILIÓ.

GOMEZ-BARRERA, J. A., *La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana*, Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Soria. Soria, 1982, 285 págs. 91 figuras, 15 láminas y un mapa desplegable.

El arte rupestre esquemático debido a la dificultad de interpretación, y a su dudosa cronología ha estado durante años sin investigar. En el caso de la provincia de Soria, fue don Juan Cabré Aguiló quien dio a conocer las primeras representaciones pintadas en la Altimeseta Soriana que posteriormente fueron recogidas por el Abate H. Breuil en su corpus de pintura esquemática en la Península Ibérica. Años más tarde, don Teógenes Ortego Frías se convirtió en el investigador del arte rupestre en esta provincia, y como tal descubrió y estudió la mayor parte de las estaciones con pintura esquemática. Juan A. Gómez-Barrera realiza en sus tesis de licenciatura una recopilación y revisión de todos los yacimientos de arte rupestre sorianos, y a través de la citada revisión pudo observar

el estado actual de las representaciones y el descubrimiento de otras que hasta la fecha permanecían inéditas. El trabajo, sin alterar los pilares del arte esquemático sobre técnica, temática, estilo y cronología, supone una puesta al día de la cuestión en la citada provincia, hecho a tener en cuenta por cuanto Soria constituye uno de los límites entre el arte levantino y el puramente esquemático del Occidente peninsular.

La obra contiene el estudio de cada yacimiento rupestre de forma sistemática a través de la fotografía y el calco directo de cada panel, de tal modo que podemos apreciar y analizar todas las figuras descritas por T. Ortego que en muchos casos eran de difícil comprensión. La temática más abundante, como es característico en el arte esquemático, es la figura humana, desde un estilo seminaturalista como el Grupo D del Barranco de Valdecaballos hasta las esquemáticas entre las que destacan las del Abrigo del Pozo en forma de «phy». Gran número de figuras son masculinas y se representan sexuadas. A estas representaciones les siguen en importancia por su número los cuadrúpedos que tampoco poseen un estilo uniforme. El representado en el Grupo C de la Cueva Grande de estilo similar a los toros naturalistas de Albarracín, se contrapone a las esquemáticas de Peña Somera que aparecen tanto en Las Batuecas como en Domingo García. Por último todos los signos: esteliformes, pectiniformes, puntos, barras, suponen un número reducido de representaciones frente a los anteriormente analizados.

La técnica utilizada es la pintura, aplicada mediante tinta plana, trazo simple único ancho, y trazo punteado, este último utilizado en escasas representaciones. El color es el rojo, en todas sus tonalidades analizado a través del estudio realizado por A. Llanos y J. Vegas para la cerámica. Creemos que si en el interior de una cueva el color de las representaciones puede darnos una pauta a la hora de su datación, en yacimientos al aire libre la diferencia de tonalidad es debida a la acción de los cambios atmosféricos, por lo que no estimamos necesaria la atomización en el análisis del color realizada por el autor como ayuda a la cronología.

El significado atribuido a estas pinturas ha dado pie a mucha fantasía producto de la imaginación de los investigadores. Juan A. Gómez-Barrera continúa la línea seguida hasta el momento en la interpretación del arte rupestre esquemático. Este es la manifestación del pensamiento de un grupo humano dependiendo por tanto de su forma y condición de vida. Hemos observado que la mayoría de los yacimientos están en un área elevada del terreno de tal manera que son visibles desde todo su alrededor, caso de numerosos yacimientos sorianos, y fuera de la provincia el no muy lejano de Domingo García. Se detecta por tanto una intencionalidad en el lugar de las representaciones, y en muchos casos la variedad de estilos dentro de un mismo conjunto hace pensar en una continuidad de culto en ese lugar. Consideramos que a través de sus obras los autores ponen de manifiesto una estética que no tiene por qué seguir nuestro modelo actual, como opina Gómez-Barrera. Creemos que el significado hay que atribuirlo al conjunto rupestre y no a cada representación individualmente.

La cronología atribuida a los yacimientos rupestres se obtiene por comparación de estilos entre éstos y los del resto de la Península. Se fechan entre el Neolítico final y la Edad del Hierro, sin poder atribuir una datación absoluta por la ausencia de un yacimiento arqueológico junto al rupestre. Este amplio margen de tiempo no es de extrañar, ya que como hemos comprobado en cuevas como Penches, La Griega, etc..., las representaciones abarcan desde un período Paleolítico hasta el arte esquemático.

La obra conlleva un gran esfuerzo de elaboración fruto del interés del autor, logrando el objetivo trazado en la tesis de licenciatura, que es reflejo del espíritu que mueve a Gómez-Barrera por clarificar el complejo mundo del arte rupestre esquemático en la Altimeseta Soriana, uno de los focos más importantes dentro del conjunto de la Península Ibérica.

La publicación ha corrido a cargo del Excmo. Ayuntamiento de Soria, con quien nos congratulamos por la nueva serie iniciada que contribuye a fomentar el conocimiento del pasado de la provincia. Al mismo tiempo cabe reseñar la excelente edición realizada por la Comisión de Cultura de dicho Ayuntamiento.—ESTER MARTÍN SANTAMARÍA.

- A. TRANOY, *La Galice Romaine*, Publications du Centre Pierre Paris 7, París, 1981. (Ed. Diffusion de Bocard), 602 p., XXXVI mapas, XVI láms.

El trabajo continuado del autor en España durante varios años, ya desde sus tiempos de ligazón a la Casa Velázquez, de Madrid, se ve reflejado, como primera impresión, en esta monumental obra subtitulada «Investigaciones sobre el N. O. en la Antigüedad». En efecto, desde los problemas planteados por el poblamiento prerromano hasta la transición al Reino Suevo se analizan primero y se sintetizan a continuación todos los aspectos relacionados con la presencia y dominación romanas en el N. O., entendiendo y abarcando como tal los tres conventos jurídicos de dicho cuadrante: Lucense, Bracarense y Asturicense, esto es, la Galicia hoy española, la portuguesa y Tras os Montes, casi toda Asturias y la provincia de León, y toda la parte N. O. de la de Zamora.

Para este amplio marco, cuya unidad cultural se resalta varias veces pero que tienen unos matices y rasgos propios en cada caso, Tranoy ha elaborado una «tesis de síntesis», pero de síntesis desmenuzada y expuesta sobre unas bases de conocimiento que sólo la presencia del investigador «in situ» puede dar. Ya en la Introducción se señalan las fuentes utilizadas y si bien era de esperar, dada la formación y la especialización científica de Tranoy, el uso y acopio de fuentes literarias y de documentación epigráfica no se menosprecian, como tantas veces ocurre, los conocimientos proporcionados por la Arqueología y la Numismática. El manejo de la bibliografía arqueológica, tanto general como local, permite el uso de unos datos que para algunos aspectos, por ejemplo todos los relacionados con el poblamiento, son fundamentales.

Dividida en cuatro partes o «libros», la obra se inicia con el análisis del N. O. ibérico antes de la conquista romana, a modo de preámbulo quizá un tanto excesivo, del tema principal. El marco geográfico es descrito pormenorizadamente, y en verdad su carácter finisterrano, «bout du monde», es puesto de relieve, aunque habría que añadir que ello no impidió relaciones, marítimas y terrestres, de todo tipo y en todas las épocas.

En otro capítulo se proporciona, a propósito del fragmentado poblamiento prerromano, una lista exhaustiva de pueblos, con indicación de las fuentes de su conocimiento y su localización, cuando ello es posible, lo cual sucede en poco más del 40 por 100 de los nombres aportados por Plinio (61) para los tres conventos noroestinos. Resulta una relación muy útil y mejor documentada que otras ya conocidas, al igual que el mapa correspondiente, aunque en éste falte la indicación, tan siquiera probable, de sitios en principio de interés, como Brigantium o Vicus Spacorum.

Un extenso capítulo dedicado al mundo de los castros, que Tranoy tacha de «mal conocido...», cierra esta primera parte, y en él el autor pasa revista a los asentamientos, tipos de fortificación y habitat, así como a todo lo que se sabe de las actividades económicas, ergología y sociedad castreña y sus estructuras. Pese a lo «mal conocido» que está este mundo, se deja ver con claridad aquella unidad cultural que, según las zonas, es diferente en cada caso.

El libro segundo, dividido en tres grandes capítulos, trata de la conquista y administración romana. En el primero, desde la expedición de don Junio Bruto en el 139 hasta el final de las guerras cántabras, Tranoy desmenuza las fases de aquella conquista: la lusitana y la astur-cántabra. Manejando bien todas las fuentes y la bibliografía más